

“Sé que va a llover. Las nubes han estado jugando todo el día con el azul estilo del cielo llevando de un lado a otro sus negros y pesados vestuarios, pero hasta ahora nada de lluvia ha caído.” —

Richard Brautigan

ESCENA DEL CRIMEN

Lunes, 4 de diciembre

1

Había estado nevando. Copos de nieve se fijaron al parabrisas durante el recorrido de más de cuarenta kilómetros desde Lincoln City hasta el puerto de Newport. Alex Hope no activó los limpiadores. Ya se hallaba en el aparcamiento cuando la nieve acopiada conseguía cubrir buena parte del cristal.

Salió del auto. El suelo crujió al pisarlo. El aire helado era tan brutal como Hope había esperado. Esto le hizo recordar algo: sus mitones. Los había olvidado en casa. Si Minnie se enteraba de esto seguramente no habría regalo del día del padre el próximo año, pensó con sorna (y con una leve punzada de pesadumbre) a la vez que se dirigía hacia el acceso al muelle. Allí estaban Cristina (la detective Simms, como debía llamarla entonces) y dos oficiales que le daban la espalda a quienes Hope reconoció vagamente estando a dos metros de ellos.

—Hope —gritó Simms. Fue la primera en verlo.

Los oficiales, Sean Moose y Melissa Jefferson, se volvieron, y Hope pudo confirmar que ciertamente se trata-

ba de ellos. Había más policías en las inmediaciones del puerto, y algunos vehículos policiales sitiando el acceso al muelle 5. Y había curiosos (raramente faltaban, en opinión de Hope). Entre ellos, se fijó, el reportero Daniel Schofield del periódico oficial del condado. «¿Cómo lo supo tan pronto?», se preguntó. Hace apenas una hora y media que se había informado del hallazgo de un cadáver en uno de los barcos de pescas ancorados en la bahía Yaquina. Era la cuarta vez en el último semestre, que Hope recordase, que el reportero del *The News-Times* se presentaba en el lugar de los hechos con antelación.

Alguien debía estar filtrando información al periódico local, sopesó; alguien —seguramente— del departamento de policía del condado. Si era así, debía descubrir pronto quién era, y reportarlo. De momento, en lo que a él atañía, no respondería a ninguna de las preguntas de Schofield. Que le den por culo.

—¿Ya lo viste? —le preguntó Hope a Simms.

—No. Louis y Nasri están examinando la escena en este momento.

—Bien.

—Nosotros sí que lo vimos —afirmó Melissa. Con la nariz fruncida añadió—: Fuimos los primeros en acudir tras la llamada. Debo decir que lo peor de todo (incluso que el cadáver, y estoy segura que estarán de acuerdo conmigo pronto) es el hedor repugnante que impregna la cabina. Apenas entré quise vomitar. Me contuve. Gracias a Dios, me contuve. Él sabe que no fue fácil. —Miró de reojo al oficial Moose—. Otros, en cambio, no tuvieron tanta suerte.

Moose rodó los ojos. Hope supuso que no debía ser el primero en la última hora y media a quien la oficial Jefferson le contaba sobre el incidente de su compañero (lo confirmó al cruzar una mirada con Simms, que curvó las cejas e insinuó una risa que supo disimular).

—Al menos tuve tiempo de echarlo por la borda en vez de expeler en la escena de crimen —replicó el oficial Moose en tono áspero. No obstante parecía más cansado que avergonzado o enfadado por la indiscreción de la oficial Jefferson—. Como fuera; Melissa tiene razón sobre la nauseabunda fetidez que se percibe allí. Como si algo llevara semanas pudriéndose, y dudo que sea el hombre muerto. Oh, no. Yo les recomendaría que se cubrieran las narices antes de entrar. Aquel viejo de allá, ¿lo ven? —Moose indicó cuál con la mirada. El hombre en cuestión era un cincuentón que tenía una barba larga y entrecana y llevaba puesto un feo gorro de pescador, un capote de un verde ajado y botas de hule. Uno de los oficiales que se hallaban en el lugar estaba haciéndole preguntas a lo que el hombre del feo gorro de pescador respondía con frenesí, braceando y apuntando hacia el cielo. Hope y Simms asintieron—. Peter Glenister. Fue quien notificó del cadáver. Era el único que conocía a la víctima. Eso dice. Su barco pesquero está a tres barcos del suyo.

—¿Y no escuchó o vio nada raro horas antes del hallazgo?

—No. Nada. Pero le pareció extraño que Diggs no estuviera en la cubierta de su barco cuando él salió esta mañana. “El viejo Diggs (como se refiere a la víctima) se despierta con las primeras luces”, dijo textualmente. “De-

cía que no le gustaba desaprovechar el tiempo, que había pocos peces en el mar y ese tipo de cosas sin sentido.” Alrededor de un cuarto para las nueve, fue a su barco y...

—Y, no me digas —atajó Hope—, encontró su cadáver.

—Sí. Pero primero vomitó. Como yo, también tuvo tiempo de llegar al asidero y hacerlo fuera del barco.

—Bien —dijo Hope. Y volvió la cabeza hacia la hilera de pequeños barcos pesqueros ancorados en el muelle. El álgido viento hendía y las barcas se mecían al compás. Había cuatro oficiales (uno de ellos llevaba a un pastor alemán por la correa) cerca del barco cuyo nombre, *Divine*, se leía en el mascarón.

—¿Qué hace ella aquí? —oyó decir a Simms.

Hope ladeó la cabeza siguiendo la dirección de su mirada. Una mujer caminaba (más bien, renqueaba) hacia ellos desde el parking. Vestía una chaqueta de cuero negro sobre una blusa blanca y pantalones oscuros. Su piel parecía sobremanera pálida por lo que resaltaban algunos moretones en su cara, bajo sus ojos y en la mejilla izquierda. Parecía indemne ante el frío. Y ebria, opinó Hope. Debía estarlo. Debió meterse en alguna pelea en un bar cercano y haber caminado hasta allí a la deriva. Sin embargo, algo en ella le resultaba vagamente familiar a Hope. Un objeto en su cadera llamó su atención.

«Una placa.»

—¿La conoces? —le preguntó a Simms.

Ésta asintió.

—Lauren Flynn. Detective del Departamento de Policías de Salem. Ella y su compañero, Jeff Harcourt, han resuelto dos de los casos de homicidios más difíciles del

estado de Oregón en los últimos seis años. Gracias a ello han aparecido un par de veces en los diarios.

—Y una vez en la televisión —abundó Melissa. Sonreía.

—Oh, sí, ya la reconozco. —El rostro de Moose se iluminó como si el sol hubiese salido de entre la saturación de nubes borrascosas que colmaban el cielo.

«Yo también», pensó Hope, a la vez que cruzaba una mirada con Simms. Ella, evidentemente, se hacía la misma pregunta que Moose hizo en voz alta a continuación.

—Pero ¿qué hace aquí?

—No lo sé —dijo Simms—. Fuera lo que fuese, no me gusta nada. —Empezó avanzar hacia la detective Flynn, seguramente para averiguar qué la había traído a ése lugar en este día fatídico.

—No —la detuvo Hope tomándola del brazo—. Deja que Moose y Jefferson se encarguen de ella. Nosotros tenemos un asunto más importante que atender. Si Flynn sigue aquí cuando terminemos, hablaremos con ella y averiguaremos a qué ha venido.

Cristina lo miró fijamente; grandes ojos castaños lo reflejaron.

—Está bien.

Moose y Jefferson, a ojos vistas entusiasmados (como si fueran a parlamentar con una celebridad o algo por el estilo), se encaminaron de inmediato hacia la detective Flynn para impedir que entrara al acceso al muelle. Entretanto, Simms y Hope se dirigieron en silencio hacia el barco pesquero que estaba a buen recaudo por una guardia de cuatro oficiales y un canino, que, observó Hope,

parecía dispuesto a darte una dentellada en los huevos si te atrevías a mirarlo a los ojos.

Había dejado de nevar hacia el amanecer, pero el cielo aún se mantenía nublado. Un remolino de moscas emprendió vuelo cuando el detective Hope y su compañera pasaron por la cubierta del *Divine*. A un cuarto para las diez de la mañana, y siendo un día tan nublado y álgido como este, aquello (las moscas) no debía augurar nada bueno, pensó Hope.

Y así fue.

Al entrar en la cabina, lo olió. El terrible hedor del que habían hablado Moose y Jefferson penetró en sus fosas nasales como un torrente de agua nauseabunda pasando a través de un canal de desagüe. La detective Simms maldijo a la vez que se tapaba la boca y la nariz con la mano y giraba la cabeza para evitar, claramente, irse en vómito como ya habían hecho otros dos en su momento. A su lado, Hope remangó la nariz y notó cómo sus propios ojos se tornaban lacrimosos. «Algo lleva semanas pudriéndose aquí», pensó, evocando las palabras de Moose. En la cabina también estaban Louis Bell y Nasri Atweh, técnicos forenses, que, como la mayoría de su gremio, parecían inmunes al repulsivo hedor, que sólo era una insignificante añadidura a la cruenta escena del crimen que se presentaba.

Hope apenas pudo apartar el pie a tiempo cuando se fijó, de refilón, que estaba a punto de manchársele con la sangre que se hallaba dispersa por el rutilante suelo de madera.

—¿Qué tienes para nosotros, Louis? —preguntó Hope.

El perito giró la cabeza de golpe como si recién acabara de notar la presencia de los detectives en la cabina. Si así fue (y seguramente sí), no lo dijo. Estaba inclinado cerca del cuerpo con las manos enguantadas en látex. Tomó aire. Perlas de sudor rezumaban en su frente pese al frío que imperaba en el ambiente. Volvió la mirada hacia el cadáver con un meneo tardío.

—Ernest Diggs. Sesenta años. Era propietario de esta encantadora *chalupa*, o eso dicen los papeles que Nasri encontró en su camarote. —Su compañera agitó los papeles aludidos que tenía en las manos. Louis continuó—: Sirvió en el ejército. Sus chapas estaban con los documentos. No tiene familia. Tampoco amigos. Excepto por el señor Glenister, que, la verdad, dudo que haya sido alguna vez amigo suyo; yo creo, más bien, que sólo es un viejo charlatán que vino a fisgonear aquí y, por casualidad, encontró esto.

Y con *esto*, se refería al hombre muerto que yacía boca abajo con un brazo colgando del timón y la cabeza vuelta en un ángulo antinatural. Vestía pantalones vaqueros, un pesado impermeable de tela basta y mitones de cuero («Oh, vaya, al menos él no los olvidó», bufó Hope en su fuero interno). Iba descalzo. Quien lo viese, pensaría que el hombre trastabilló y se rompió el cuello al caer. Pero los orificios sangrantes en su dorso y su cabeza contaban otra historia.

—Y todo parece indicar que lleva viviendo aquí varios años —añadió Louis—. Solo.

—Un solitario lobo de mar. —Nasri habló con tono sombrío; estaba de pie en el otro costado del cadáver, con

la vista gacha. Tenía en las manos los documentos (incluidas las chapas aludidas) del difunto señor Diggs. Llevaba el cabello recogido. Del cuello le colgaba la Nikon, que, especuló Hope, debió usar al llegar a la escena para sacar las fotos pertinentes.

—¿Cómo? —preguntó fríamente Hope.

Alzando la vista, Louis respondió:

—Ocho disparos: cinco en la espalda y tres en la cabeza.

—Si los disparos no lo mataron de inmediato, lo hizo el suelo cuando le rompió el cuello —añadió Nasri como dato macabro.

—¿Alguna idea de cuándo ocurrió?

—La sangre sigue fresca. Un poco coagulada, sí. No podría darte una hora exacta hasta que hagamos más estudios, pero esto parece apuntar que fue en algún momento de la madrugada. Al despuntar el sol, o antes.

Al parecer, Hope (y tampoco de cierto modo el oficial Moose) no se había equivocado al pensar que lo que fuera que hubiese pasado en ese barco no fue hace mucho tiempo.

La detective Simms, limitándose a respirar por la boca, preguntó:

—Ese olor. ¿De dónde viene?

Hope sabía a qué se refería. Si el cuerpo apenas tenía pocas horas, era imposible que este fuera el causante de tan repugnante fetidez; es más, pudo haberse descompuesto por una semana entera y nadie lo hubiera notado. El aroma a pescado rancio que colmaba la cabina del pequeño barco pesquero se superponía a los demás aromas

que llegaban del exterior (como los olores de la bahía; o del hielo, que flotaba en el aire tras la reciente nevada). Alrededor había varios cubos metálicos: de ellos debía provenir el fétido olor, intuyó Hope.

—Pescado —contestó Nasri—. Ese balde de ahí. —Con la mano que sostenía los documentos del señor Diggs, y el ceño fruncido, le indicó cuál—. Está lleno de arenques en un estado avanzado de putrefacción. Creemos que fue puesto aquí tras el asesinato.

—Por el homicida —añadió Louis. Miraba fijamente a Hope y Simms.

Hope bien sabía lo que su mirada quería decir. Y decía: «Asesinato premeditado».

Louis se levantó. Se pasó el dorso del brazo por la frente para retirar las gotas de sudor que la perlaban. Respiró hondo. Por lo visto, el horrible hedor, como el frío que regía en esa velada mañana de diciembre, no parecía afectarle, apreció Hope. Después, éste, cuidadoso, se acercó más al cadáver, fijándose por primera vez en el perfil de la cara exageradamente ladeada del hombre que yacía sobre un charco de sangre medio congelada.

En éstas, se preguntó qué habría hecho ese lobo de mar para merecer una muerte como esa.